

4º D. ADVIENTO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 1,26-38.

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando a su presencia, dijo:

—Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres. Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquél.

El ángel le dijo:

—No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel:

—¿Cómo será eso, pues no conozco varón?

El ángel le contestó:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios.

Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó:

—Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra

¡COMO MARÍA!

El relato de la Anunciación es uno de los más conocidos textos evangélicos que no necesita especial comentario. Quizás únicamente señalar, que frente al interrogante del «**qué y cómo sucedió**», frente al qué pudieron ver los ojos, debe predominar la aceptación de su mensaje, que no es otro que «**una especialísima acción de Dios que hace posible la presencia de Jesús en el mundo, el Hombre lleno del Espíritu de Dios, el Hijo de Dios**».

Un relato en el que con gran sencillez se plasma una gran verdad teológica. Todo él se orienta hacia una meta precisa: «**la salvación de todas las personas**», una salvación que se plasma en María, que «**espera en silencio**», que «**escucha la Palabra de Dios**» y la «**pone en práctica**».

El que María hubiese visto a un ángel no es lo importante. Lo que importa es que nos preguntemos en qué lo reconoció María. Los ángeles en la Biblia llevaban vestiduras blancas, era la costumbre de la época. Hoy llevan jersey o anorak. Todos nosotros nos hemos encontrado «**con muchos de ellos y no pocas veces**».

¿En qué se puede reconocer a un ángel? «**En que seamos capaces de reconocer que un pensamiento, un encuentro, un suceso, vienen de Dios**». Y este es un problema vital para nosotros y es el que María resolvió.

¿Cómo lo consiguió María? Lucas ha escenificado en este diálogo con el ángel el proceso natural de la fe: «**receptividad y reflexión, meditación y razonamiento, gozo y temor, sentido de Dios y sentido común humano**». Y todo ello «**rumiándolo en su corazón**» pues no es posible discernir en un instante el Espíritu de Dios.

Dios fijó su mirada de amor en María y lo sigue haciendo en cada uno de nosotros, con nombre y apellido. El Apóstol Pablo decía que Dios «**nos ha elegido antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados**», para vivir una vida santa, libre del pecado. Somos un «**proyecto de amor**» que Dios renueva cada vez que nos acercamos a Él, «**en el prójimo y en los sacramentos**».

María es capaz, desde un principio, de permitir la entrada de Dios con todo su misterio y «**sin condiciones**» en su propia vida. Así es María, «**llena de gracia**», inmaculada. Pero no lo es para ella, lo es para los demás. María es única e irrepetible.

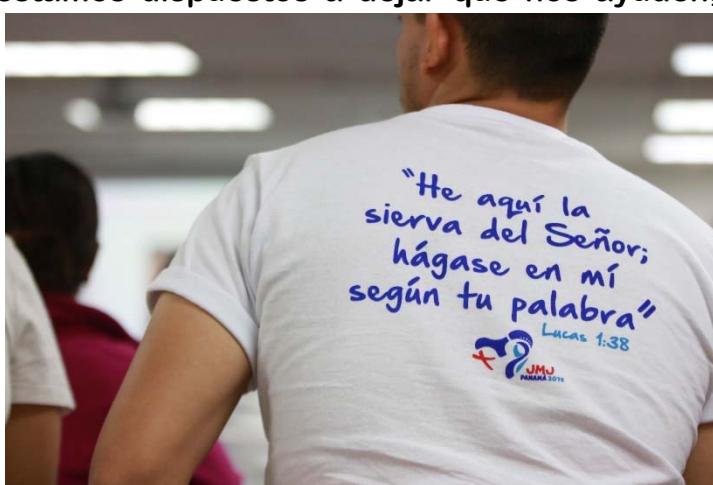
María es una muchacha pobre, sencilla, humilde, que anhela algo más que la vulgaridad de cada día, que es consciente de que le queda aún mucho camino por andar. Y es que «**Dios actúa desde las cosas pequeñas**», desde los pobres, desde lo que el mundo olvida y arrincona. Dios actúa a través de los que saben que les queda camino por andar, de los que saben que no lo tienen todo, de los que «**no se conforman con la mediocridad del ir tirando**».

María «**confía en Dios y espera**». Y Dios actúa de modo sorprendente. María se encuentra siendo protagonista de la salvación, de «**la vida que Dios nos quiere comunicar**». Por medio de ella nos llegará Jesús, la revelación de Dios.

Estaría bien preguntarnos si Dios «**podría**» actuar en nosotros como actuó en María. O lo que es lo mismo, si vivimos tranquilos pensando que todo está bien, o si somos gente que «**espera activamente**». Si somos personas que, como María, sabemos que nos queda mucho camino por recorrer, que tenemos «**a nuestro alrededor y en nuestro interior**» mucho mal que combatir, mucho egoísmo que romper, mucha falta de ilusión que reanimar, «**Dios vendrá a nosotros**». Y Dios nos impulsará a vivir cada vez «**con más plenitud**».

María aceptó sin condiciones. «**Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra**». Junto a «**su sí pleno**» está «**el sí de muchísimas personas**» que a lo largo de los siglos han tenido fe en Dios, que tal vez no veían claro, que pasaban dificultades, pero «**que se fiaron de Él**».

Cuando creemos que todo depende exclusivamente de nosotros nos convertimos en prisioneros de nuestras fuerzas, de nuestros horizontes miopes. Cuando, en cambio, estamos dispuestos a dejar que nos ayuden, a dejar que nos aconsejen, «**cuando nos abrimos a la gracia**», lo que parece imposible empieza a hacerse realidad.



Cuando tomamos esta actitud ante de Dios, cuando le dejamos actuar, «**Dios obra maravillas**». Bien sabemos que a lo largo de la historia han sido muchos los carismas, los misioneros, la «**gente buena que ha entregado su vida en favor de los demás**».

Vivimos preocupados por muchas cosas y «**solo una es necesaria**», realizar en nosotros la vocación a la que el Padre nos llama. Y para ello necesitamos «**iluminar nuestras vidas con la luz del Evangelio**», que es una profecía que nos revela lo que está pasando y pasará siempre.

Todo lo que les sucedió a los primeros cristianos nos sucede igualmente a nosotros. Los Evangelios no han hecho más que transcribir, en el lenguaje de su tiempo, una experiencia de vida que nos es común. «**Dios camina con nosotros, vive en nuestra historia, está presente dondequiera que estemos, vive en nosotros, ama con nosotros**».

El ejemplo de María, pobre y pequeña, nos está diciendo que también la esterilidad de nuestra vida «**puede ser fecundada por la acción de Dios**» si nos abrimos a Él, como supo hacerlo ella. Derribemos el muro de nuestras «**suficiencias, recelos y miedos**». También en nosotros «**Dios quiere obrar maravillas**». Parafraseando a San Ambrosio en su comentario sobre este pasaje, podríamos decir: «**Dios sigue buscando corazones como el de María, dispuestos a creer incluso en condiciones absolutamente excepcionales**». ¡Que así sea!